

## TENSIONES Y POSIBILIDADES DE LA EDUCACIÓN ACTUAL COMO ARGUMENTO PARA EL DESARROLLO DE LA IDEA DIDÁCTICA EN COLOMBIA

**Oscar Omar Antolínez Pereira**<sup>1</sup>

Oscarantolinez2023@gmail.com

**ORCID:** <https://orcid.org/0009-0003-7053-1835>

Institución Educativa Carlos  
Ramírez Paris  
Colombia

**Claudia Liliana Rojas Rueda**

cayinis0624@hotmail.com

**ORCID:** 0000-0002-1546-0195

Institución Educativa Gilberto Claro  
Lozano  
Núcleo: NIER.  
Colombia

**Recibido 16/02/2026**

**Aprobado: 27/02/2026**

### RESUMEN

Las tensiones actuales en la educación colombiana giran en torno a acceso, calidad y pertinencia. Las brechas regionales, urbanas y rurales condicionan oportunidades de aprendizaje y resultados. La demanda por estándares altos convive con limitaciones de recursos y gobernanza desigual entre regiones. Este escenario genera una dicotomía entre aspiraciones de equidad y realidades operativas en aulas y escuelas. La idea didáctica se propone como respuesta, buscando convertir tensiones en motores de innovación pedagógica y curricular. Es imprescindible traducir metas nacionales en prácticas contextualizadas. Por tal motivo, el presente ensayo se consolida desde una perspectiva cualitativa, interpretativa y hermenéutica, como objetivo general analizar cómo han incidido las tensiones y posibilidades de la educación actual como argumento para el desarrollo de la didáctica en Colombia. Como resultado se tiene que, La diversidad sociocultural y lingüística es una tensión y una oportunidad centrales. Colombia alberga múltiples identidades, lenguas y saberes que requieren reconocimiento curricular y metodologías interculturales. La idea didáctica debe integrar alfabetización intercultural, plurilingüismo y saberes locales sin perder cohesión con estándares nacionales. Esto implica diseño con comunidades, familias y actores locales para garantizar pertinencia y legitimidad del aprendizaje. La didáctica se fortalece cuando respeta ritmos, saberes y formas de aprendizaje diversas.

<sup>1</sup> Magister en orientación mención Educación, Licenciado en educación Básica con énfasis en Educación Artística, Docente de Educación Artística y Cultural en la ciudad de Cúcuta, Institución Educativa Carlos Ramírez París.

<sup>2</sup> Formación docente en pregrado y postgrado. Desarrollo laboral en el área de la docencia. Doctorando en educación

**Descriptores:** Educación, didáctica, posibilidades, tensiones.

## TENSIONS AND POSSIBILITIES IN CURRENT EDUCATION AS AN ARGUMENT FOR THE DEVELOPMENT OF THE DIDACTIC IDEA IN COLOMBIA.

### ABSTRACT

Current tensions in Colombian education revolve around access, quality, and relevance. Regional, urban, and rural disparities condition learning opportunities and outcomes. The demand for high standards coexists with resource limitations and unequal governance across regions. This scenario generates a dichotomy between aspirations for equity and operational realities in classrooms and schools. The didactic idea is proposed as a response, seeking to transform tensions into drivers of pedagogical and curricular innovation. It is essential to translate national goals into contextualized practices. For this reason, this essay is consolidated from a qualitative, interpretive, and hermeneutic perspective, with the general objective of analyzing how the tensions and possibilities of current education have influenced the development of didactics in Colombia. The results show that sociocultural and linguistic diversity is both a central tension and a central opportunity. Colombia is home to multiple identities, languages, and knowledge systems that require curricular recognition and intercultural methodologies. The educational approach must integrate intercultural literacy, multilingualism, and local knowledge while maintaining coherence with national standards. This implies designing with communities, families, and local stakeholders to ensure the relevance and legitimacy of learning. Effective teaching methods are strengthened when they respect diverse learning paces, knowledge systems, and styles.

**Descriptors:** Education, teaching methods, possibilities, tensions.

## INTRODUCCIÓN

La educación se posiciona como un motor fundamental del crecimiento humano, capaz de abrir oportunidades y ampliar horizontes. A nivel individual, permite el desarrollo de capacidades, hábitos de estudio y curiosidad que fortalecen la autonomía. En lo colectivo, facilita la cohesión social al promover valores compartidos y normas cívicas que sostienen el funcionamiento de la comunidad. Además, la educación fomenta la movilidad social al ofrecer herramientas para acceder a mejores condiciones de vida y empleo. Estas dinámicas contribuyen a la construcción de identidades más informadas y responsables. Por ello, la educación trasciende la mera transmisión de contenidos.

En su dimensión económica, la educación mejora la productividad, la innovación y la capacidad de respuesta ante cambios tecnológicos. Los aprendices adquieren habilidades técnicas y comunicativas necesarias para participar en mercados laborales modernos. Pero la educación no se reduce a la productividad; también fortalece la agencia individual para tomar decisiones informadas y buscar opciones que promuevan el bienestar. El conocimiento adquirido se transforma en capital humano, que impulsa el desarrollo sostenible de comunidades enteras. Así, la inversión educativa se traduce en beneficios sociales duraderos y en una mayor resiliencia ante crisis.

La educación enfrenta hoy nuevos horizontes y desafíos derivados de la globalización, que acelera flujos culturales, laborales y de información. Esto demanda profundizar en enfoques que preparen a las personas para participar en una economía mundial, pero también para comprender su propia identidad en un contexto pluricultural.

La interconexión intensifica la competencia por recursos, conocimientos y oportunidades,

lo que debe traducirse en políticas que reduzcan desigualdades y amplíen capacidades. Es crucial mirar más allá de la transmisión de contenidos y promover aprendizaje significativo, crítico y colaborativo. De este modo, la educación puede convertirse en motor de cohesión social y desarrollo sostenible.

Los avances tecnológicos imponen una rápida actualización de habilidades y metodologías pedagógicas. La alfabetización digital, el pensamiento computacional y la gestión responsable de información son competencias centrales. Pero la tecnología también plantea riesgos, como la brecha digital y la desinformación, que requieren marcos éticos y regulatorios claros. La educación debe favorecer la alfabetización mediática, la evaluación de evidencias y la resolución de problemas complejos mediante enfoques interdisciplinarios. Además, debe garantizar el acceso equitativo a herramientas digitales para evitar que la innovación agrave desigualdades. Ante ello, Ureta et al. (2020) señala que:

La educación es un proceso fundamental para el desarrollo individual y colectivo de las sociedades. En su forma más amplia, la educación es un medio por el cual los individuos adquieren conocimientos, habilidades, valores y actitudes que les permiten participar de manera activa en la vida económica, social, cultural y política de su comunidad. Este proceso tiene un impacto profundo en el crecimiento personal, la construcción de identidad y la capacidad de contribuir a un futuro sostenible (p. 191).

La dimensión social de la educación se sustenta en la posibilidad de cultivar valores y actitudes democráticas. La participación activa en la vida cívica exige comprensión de derechos, responsabilidades y marco institucional. La educación favorece el respeto a la diversidad, la tolerancia y la convivencia pacífica, pilares de

sociedades plurales. Al aprender a colaborar, debatir y resolver conflictos, las comunidades fortalecen su tejido social. Este proceso formativo no se limita a la escuela formal, sino que se enriquece con experiencias comunitarias y culturales. En este sentido, la educación es un puente entre pasado y futuro.

La cultura y la identidad encuentran en la educación un escenario para su expresión y desarrollo. A través de la historia, las lenguas, las artes y las tradiciones se transmiten y se reinventan. La educación sirve como vehículo para afirmar identidades propias sin perder la apertura hacia otras culturas. En contextos diversos, el aprendizaje intercultural enriquece la comprensión mutua y la empatía. Las instituciones educativas deben promover ambientes que valoren el patrimonio y al mismo tiempo fomenten la innovación. Así, la educación apoya la construcción de identidades plurales y responsables.

En el plano ambiental y de sostenibilidad, Zamora (2021) señala que la educación prepara para enfrentar desafíos globales como el cambio climático y la degradación de recursos. Se busca cultivar una ciudadanía capaz de tomar decisiones informadas y adoptar prácticas responsables. La educación para el desarrollo sostenible integra contenidos, habilidades y valores que orientan acciones concretas. La formación ética y medioambiental debe acompañarse de experiencias prácticas que conecten teoría y realidad. De este modo, las personas aprenden a equilibrar intereses individuales con el bien común. La educación, en su raíz, es la semilla de un futuro responsable y equitativo.

Por ello, la educación es un proceso esencial que impulsa desarrollo individual y colectivo, formando capacidades, valores e identidades. Su alcance económico, social,

cultural y político la sitúa como eje de progreso sostenible. Al invertir en educación, las comunidades fortalecen su capacidad de innovar, colaborar y participar en la vida pública. Si se sostiene su comprensión de desarrollo integral, la educación puede acompañar a las personas hacia un futuro más justo y próspero.

La creciente atención a problemas globales como el cambio climático, la justicia social y la sostenibilidad configura el currículo del siglo XXI. Las escuelas deben conectar conocimientos con acciones ambientales, cívicas y éticas, promoviendo proyectos que involucren comunidades y contextos locales. Es importante desarrollar capacidades para gestionar recursos, reducir impactos y fomentar la resiliencia ante desastres. La educación para la sostenibilidad requiere pensar a largo plazo, integrando saberes científicos, culturales y tradicionales. En este marco, el aprendizaje activo y participativo se vuelve esencial.

La inclusión y la equidad deben ser pilares de toda reforma educativa ante estos retos. Garantizar que todos accedan a una formación de calidad implica eliminar barreras económicas, sociales y culturales. Se deben garantizar becas, apoyos, infraestructura adecuada y servicios de apoyo que acompañen a estudiantes en situaciones vulnerables. La eliminación de brechas no debe limitarse a la tecnología; requiere políticas integrales que mejoren salud, nutrición, vivienda y oportunidades previas a la educación. La participación de familias y comunidades es clave para crear entornos de aprendizaje que respondan a realidades diversas.

La diversidad cultural, lingüística y socioeconómica debe ser valorada como un recurso, no como un obstáculo. Las escuelas deben diseñar ambientes inclusivos que reconozcan identidades y saberes locales, al tiempo que conecten con estándares y competencias globales. La educación intercultural y plurilingüe facilita la convivencia y la cooperación en sociedades heterogéneas. Se requieren docentes formados en prácticas inclusivas, evaluaciones justas y diseños curriculares flexibles que atiendan ritmos y estilos de aprendizaje diversos. Esto fortalece la confianza de las comunidades en la educación.

Por ello, para enfrentar la globalización, la tecnología y los retos globales, la educación debe ser inclusiva, equitativa y de calidad. Un sistema efectivo articula políticas públicas, comunidades e instituciones para garantizar acceso universal a saberes, habilidades y valores que permitan desenvolverse con responsabilidad en un mundo interconectado. Solo así la educación podrá preparar a las personas para construir un futuro sostenible, justo y participativo.

### **Desarrollo**

En el siglo XXI, la educación atraviesa una etapa de profunda transformación impulsada por una confluencia de factores que reconfiguran sus fundamentos. Los avances tecnológicos han introducido herramientas potentes para la enseñanza y el aprendizaje, desde la inteligencia artificial hasta la analítica de datos y las plataformas digitales. Estas innovaciones ofrecen posibilidades de personalización, seguimiento del progreso y acceso a recursos educativos globales, alterando la relación entre docente y estudiante y desafiando modelos tradicionales de aula. A la par, la conectividad ampliada

y la disponibilidad de dispositivos permiten experiencias de aprendizaje híbridas y remotas, expandiendo horizontes más allá de las paredes escolares.

La inteligencia artificial, en particular, está redefiniendo roles, evaluaciones y emergentes formas de acompañamiento educativo. Algoritmos adaptativos pueden ajustar dificultades, sugerir estrategias de aprendizaje y ofrecer retroalimentación inmediata. Sin embargo, estas capacidades plantean preguntas cruciales sobre la ética, la privacidad, la equidad y la calidad de la intervención educativa. El desafío es aprovechar el potencial de la IA sin perder la necesaria humanidad de la educación, fomentando relaciones docentes y estudiantes, pensamiento crítico y autonomía responsable. La integración de estas tecnologías exige también una alfabetización digital que permita a los aprendices comprender, cuestionar y gestionar estas herramientas. Ante ello, De los santos y Cornejo (2020) señala que:

En el contexto del siglo XXI, la educación se encuentra en una etapa de profunda transformación, marcada por una serie de factores que reconfiguran sus fundamentos. Los avances tecnológicos, como la inteligencia artificial, el aprendizaje en línea y las plataformas digitales, han modificado no solo los métodos de enseñanza, sino también las expectativas sobre el aprendizaje. Al mismo tiempo, los cambios sociales, económicos y culturales han generado nuevas demandas en los sistemas educativos, desafiándolos a mantenerse relevantes y funcionales en un mundo caracterizado por su rapidez y complejidad (p. 133).

El aprendizaje en línea y las plataformas digitales han acelerado la idea de que la educación puede y debe ser más accesible y flexible. La educación no está limitada a un horario ni a un lugar, lo que favorece la inclusión de estudiantes con diversas circunstancias. No obstante, surge la necesidad de diseñar experiencias pedagógicas

que mantengan la motivación, eviten la fragmentación de contenidos y garanticen la calidad educativa. Las comunidades educativas deben fortalecer la cultura de aprendizaje continuo, apoyándose en recursos abiertos, comunidades de práctica y evaluaciones formativas para sostener el progreso a lo largo del tiempo.

Los cambios sociales, económicos y culturales configuran demandas que exigen respuestas educativas más pertinentes y democráticas. La diversidad de identidades, idiomas, estilos de aprendizaje y contextos socioeconómicos exige enfoques inclusivos, educativos contextualizados y atención a las desigualdades estructurales. Se enfatiza la necesidad de desarrollar habilidades transferibles: pensamiento crítico, creatividad, colaboración, alfabetización mediática y resiliencia. En este marco, la educación debe preparar a las personas para participar en una sociedad compleja, dinámica y plural, con capacidad de adaptarse a empleos que aún no existen.

La economía global contemporánea sitúa a la educación como motor de movilidad social y competitividad, lo que incrementa la presión por resultados y certificaciones. Pero también invita a repensar el propósito de la educación: no solo formar para el mercado laboral, sino fomentar ciudadanía activa, ética, y bienestar humano. Instituciones y docentes deben replantear currículos, metodologías y sistemas de evaluación para equilibrar excelencia académica con acceso equitativo y aprendizaje significativo. Este balance requiere liderazgo distribuido, colaboración entre actores y una visión a largo plazo centrada en el desarrollo integral de las personas.

Ante ello, la etapa actual de transformación educativa es multifacética y dinámica, impulsada por tecnología, cambios sociales y presiones económicas. Aprovechar las

oportunidades implica diseñar experiencias de aprendizaje que sean personalizadas, inclusivas y contextualizadas, manteniendo la integridad pedagógica y la calidad educativa. También exige abordar desafíos éticos, de seguridad y de brechas digitales para garantizar que ninguna persona quede atrás. Si se logra esa armonía entre innovación y pedagogía humanista, la educación del siglo XXI podrá responder a la complejidad del mundo actual y preparar a las personas para construir un futuro más consciente y equitativo.

Aunque se han impulsado innovaciones metodológicas y tecnológicas, la brecha entre diseños pedagógicos modernos y la realidad de los aprendices persiste en muchas comunidades. Las investigaciones y experiencias de aula muestran beneficios claros: personalización, recursos digitales, aprendizaje colaborativo y evaluación formativa. Sin embargo, estos avances no siempre llegan a todos de forma equitativa, generando diferencias en capacidad de acceso y aprovechamiento. La brecha no es solo tecnológica, también se expresa en principios culturales, lenguaje, y prácticas institucionales que pueden excluir a grupos enteros. En este marco, las políticas deben considerar tanto la innovación como la equidad para evitar que el progreso escolar se concentre en ciertas poblaciones. Por otra parte, Aguirre (2022) señala que:

los avances de la educación no han estado exentos de desafíos. A pesar de los esfuerzos por innovar en metodologías pedagógicas en las aulas, persisten profundas desigualdades en el acceso a una educación de calidad, especialmente en comunidades marginadas o con recursos limitados (p. 205)

La inversión en infraestructura, conectividad y dispositivos ha permitido ampliar horizontes educativos, pero persisten zonas rurales y urbanas con conectividad deficiente o nula. La disponibilidad de plataformas y contenidos abiertos facilita el aprendizaje, pero la falta de dispositivos, energía estable o entornos de estudio tranquilos limita su uso efectivo. Además, la alfabetización digital, necesaria para aprovechar estas herramientas, varía enormemente entre comunidades, generando que incluso con recursos, la capacidad para utilizarlos sea desigual. Estos factores demuestran que la equidad no se logra sólo con tecnología, sino con un ecosistema que acompañe a docentes y estudiantes. Se requiere inversión sostenida y estrategias que lleguen a quienes más lo necesitan.

La formación docente es otro eje crucial: innovar en métodos exige docentes preparados para implementarlos, evaluar resultados y adaptar prácticas. No obstante, la actualización profesional a menudo enfrenta limitaciones de tiempo, recursos y incentivos institucionales. En contextos marginados, puede haber alta rotación de docentes, menor apoyo pedagógico y menor acceso a redes de aprendizaje colaborativo. Esto debilita la continuidad de prácticas innovadoras y mantiene ritmos de enseñanza tradicionales que no siempre responden a las necesidades de los estudiantes. La inversión en desarrollo profesional debe ser prioritaria y coherente con las metas de equidad y calidad educativa.

La diversidad de contextos socioculturales plantea la necesidad de enfoques inclusivos que respeten identidades, lenguas y experiencias de vida de los estudiantes. En comunidades marginadas, las barreras lingüísticas, la discriminación y las expectativas bajas pueden condicionar la motivación y el rendimiento. Las prácticas

pedagógicas innovadoras deben contemplar adaptaciones curriculares, apoyo socioemocional y contextos relevantes que conecten con las realidades de cada grupo. La evaluación debe reflejar progresos individuales y no solo estándares rígidos, para evitar desincentivar a quienes enfrentan desventajas estructurales. Sin una atención explícita a la inclusión, los avances educativos corren el riesgo de reproducir inequidades.

Las políticas públicas juegan un papel central para canalizar recursos hacia quien más lo necesita y para crear marcos que permitan la implementación de innovaciones con responsabilidad social. La financiación segmentada o insuficiente perpetúa desigualdades y limita la sostenibilidad de proyectos piloto. Por otro lado, cuando se diseñan e implementan con participación comunitaria, estas políticas pueden generar impacto duradero, al alinear metas escolares con necesidades locales. La transparencia, la rendición de cuentas y la medición de impactos deben acompañar cualquier programa, para ajustar estrategias y garantizar que los avances no sean efímeros.

Por ello, los avances de la educación muestran un progreso significativo en metodologías y herramientas, pero se ven ensombrecidos por desigualdades persistentes. Asegurar que la innovación alcance a comunidades marginadas exige un enfoque integral: infraestructura, alfabetización digital, desarrollo docente, inclusión cultural y políticas públicas solidarias. Solo así la educación podrá cumplir su promesa de equidad y calidad para todos, reduciendo brechas y fortaleciendo oportunidades de aprendizaje significativas.

Así mismo, La formación docente se mantiene como una pieza crucial para sostener las transformaciones educativas, pero no siempre satisface las demandas de un mundo que evoluciona rápidamente. Las prácticas de desarrollo profesional a menudo quedan atrapadas entre enfoques tradicionales e innovaciones emergentes, sin lograr una implementación sostenida en las aulas. Es necesario replantear la preparación inicial y la formación continua para que docentes dispongan de herramientas actualizadas, flexibilidad pedagógica y capacidad de adaptación a contextos variados. La brecha entre teoría y práctica puede dificultar la consolidación de metodologías innovadoras y colaborativas. En este marco, las instituciones deben facilitar espacios de reflexión, experimentación y acompañamiento pedagógico constante. Del mismo modo, Collazos (2022) señala que:

La formación docente, pieza clave para garantizar el éxito de estas transformaciones, no siempre responde a las exigencias de un mundo en constante evolución. Por otra parte, los estudiantes enfrentan desafíos significativos en su preparación para un futuro incierto, donde se requerirán habilidades para trabajos que aún no existen, así como competencias para desenvolverse en sociedades culturalmente diversas (p. 241).

La capacitación debe integrar competencias digitales, pensamiento crítico, alfabetización mediática y habilidades socioemocionales, que hoy son centrales para la vida y el trabajo. Además, es fundamental promover enfoques inclusivos que atiendan a la diversidad de ritmos, lenguas y contextos culturales. Los programas de formación deben incorporar prácticas basadas en evidencias, evaluación formativa y diseño de experiencias de aprendizaje significativas. Un reto clave es traducir las investigaciones pedagógicas en estrategias operativas dentro del aula, garantizando coherencia entre

políticas educativas y prácticas docentes. La colaboración entre docentes, comunidades y autoridades puede facilitar esta transferencia de saberes y experiencias.

Paralelamente, los estudiantes se enfrentan a un horizonte profesional con empleos que aún no existen y competencias que deben poseer para navegar realidades complejas. La educación debe orientar hacia la adaptabilidad, la creatividad y la capacidad de aprendizaje a lo largo de la vida, atributos imprescindibles en contextos de alta incertidumbre. Es esencial fomentar la curiosidad, la iniciativa y la capacidad de aprendizaje autónomo, además de promover experiencias de aprendizaje práctico que conecten teoría con situaciones reales. La orientación vocacional debe ser flexible y contextualizada, permitiendo explorar múltiples trayectorias y desarrollar proyectos propios. En este entorno, la evaluación debe medir progreso, aprendizaje transferible y capacidad de resolver problemas inéditos.

La diversidad cultural y la globalización exigen que los docentes formen a comunidades escolares para desenvolverse en sociedades plurales. Esto implica incorporar procesos de educación intercultural, sensibilidad social y respeto por identidades diversas. Los estudiantes requieren habilidades para comunicarse, colaborar y convivir con personas de orígenes distintos, así como herramientas para comprender dinámicas globales y locales. Las instituciones deben crear ambientes seguros que fomenten la expresión, la participación cívica y la responsabilidad social. La educación debe preparar a las personas para participar en una economía global interconectada y,

a la vez, defender su identidad local. La inclusión debe ser un eje transversal en todos los niveles y etapas.

La articulación entre formación docente, currículo y evaluación es determinante para la calidad educativa, especialmente ante cambios tecnológicos y sociales. La formación debe incluir metodologías de diseño universal del aprendizaje, evaluación auténtica y estrategias de diferenciación para atender a todos los estudiantes. Es fundamental promover comunidades de aprendizaje entre docentes para compartir prácticas exitosas y construir saberes colectivos. La dirección estratégica y la inversión sostenida en recursos y tiempo para el desarrollo profesional son imprescindibles. Solo con una visión integrada se podrá garantizar que las transformaciones no se queden en promesas, sino que se traduzcan en mejor aprendizaje y oportunidades.

Por ello, Davizón et al. (2021) menciona que la formación docente debe adaptarse a un mundo dinámico y diverso, acompañada de una educación que prepare a los estudiantes para lo desconocido. Requiere cambios en políticas, recursos y cultura institucional, orientados a fortalecer capacidades para aprender, colaborar y actuar con responsabilidad. Si se logra alinear la formación, el currículo y las evaluaciones con las necesidades reales de la sociedad, la educación podrá responder a los desafíos de un futuro incierto y multicultural, y acompañar a las nuevas generaciones hacia un desarrollo sostenible y humano.

En las realidades contemporáneas, las tensiones entre demanda social, demanda laboral y diversidad educativa exigen repensar los sistemas escolares. La inclusión ya no es un objetivo secundario, sino un principio vertebral que debe guiar políticas,

prácticas y evaluaciones. Los marcos actuales a menudo reproducen desigualdades, por lo que es imprescindible incorporar diseño universal del aprendizaje y apoyos contextualizados que faciliten el acceso para todos. La presión por resultados, sin embargo, no debe traducirse en estandarización rígida que limite la creatividad y la curiosidad. Es necesario equilibrar calidad, equidad y libertad pedagógica para responder a variados contextos. Por otra parte, Sosa (2021) señala que:

En el marco de las realidades actuales, las tensiones derivadas de la educación ponen en evidencia la necesidad de rediseñar los sistemas educativos, garantizando que sean inclusivos, adaptables y orientados hacia el desarrollo integral de los individuos y sus comunidades (p. 415).

La adaptabilidad de los sistemas educativos implica flexibilizar estructuras curriculares, organizativas y temporales. Esto incluye múltiples rutas de aprendizaje, itinerarios personalizados y opciones de aprendizaje híbrido que integren presencialidad y virtualidad. Debe garantizarse que las transiciones entre niveles educativos y entre modalidades no generen pérdidas de continuidad ni de oportunidades. La evaluación debe evolucionar hacia enfoques formativos y auténticos que valoren procesos, proyectos y aprendizaje colaborativo, además de resultados. La capacidad de adaptación debe estar acompañada de una planificación participativa con comunidades y docentes.

La educación debe orientar el desarrollo integral de las personas y de sus comunidades, no limitarse a la transferencia de contenidos. Esto implica promover habilidades socioemocionales, pensamiento crítico, ciudadanía activa y alfabetización mediática para navegar en una sociedad digital y global. Es crucial fortalecer la conexión

---

entre escuela, familia y contextos comunitarios para generar aprendizaje significativo y

relevante. Las instituciones deben promover entornos seguros, inclusivos y colaborativos que respeten identidades, culturas y ritmos diversos. El desarrollo local debe ser parte integrante de los proyectos educativos, conectando saberes académicos con saberes comunitarios.

La equidad debe ser eje transversal en todas las respuestas del sistema educativo. Esto implica financiamiento suficiente, recursos humanos estables y condiciones de aprendizaje adecuadas para comunidades vulnerables. Las brechas deben abordarse no solo con tecnología, sino con políticas sociales integradas que reduzcan pobreza, desigualdad y exclusión. Se requieren instrumentos de medición que registren avances en inclusión, calidad y bienestar estudiantil, y que permitan ajustes rápidos. La participación de jóvenes, docentes, familias y organizaciones comunitarias es vital para identificar necesidades y diseñar soluciones.

En tal sentido, Soto-Varela et al. (2023) plantea que la innovación educativa debe ir de la mano con ética, seguridad y protección de derechos. La tecnología puede ampliar oportunidades, pero también plantea riesgos de vigilancia, sesgo algorítmico y brechas digitales. Es necesario establecer marcos claros de gobernanza, privacidad y uso responsable de datos. Al mismo tiempo, la innovación debe respetar culturas, lenguas y saberes locales, fortaleciendo identidades sin homogenizarlas. Las políticas deben promover la equidad intergeneracional, asegurando que ninguna persona quede atrás ante los avances.

Por ello, el rediseño de los sistemas educativos ante las tensiones actuales requiere un enfoque holístico que combine inclusión, adaptabilidad y desarrollo integral.

Debe articularse una visión compartida entre políticas públicas, comunidades y escuelas para crear entornos de aprendizaje pertinentes, participativos y sostenibles. Si se logra, la educación podrá acompañar a las personas en su desarrollo pleno y fortalecer el tejido social de las comunidades.

### Consideraciones finales

En el contexto colombiano, la educación enfrenta tensiones entre acceso, calidad y pertinencia. Las brechas regionales siguen marcando oportunidades de aprendizaje, mientras la demanda por resultados educativos impacta la evaluación y la rendición de cuentas. La equidad se reconfigura ante desigualdades históricas que requieren respuestas audaces desde políticas y prácticas pedagógicas. Esta coyuntura obliga a repensar la idea didáctica como proceso dinámico que conecte saberes formales con saberes culturales y comunitarios. El reto es transformar tensiones en trampolines para la innovación educativa.

La diversidad cultural y lingüística de Colombia constituye tanto desafío como posibilidad. Las comunidades afrodescendientes, indígenas y rurales exigen enfoques que reconozcan identidades, saberes y cosmovisiones propias. La idea didáctica debe incorporar alfabetización intercultural y plurilingüe, evitando modelos estandarizados que desconozcan las especificidades locales. Esta inclusión fortalece la legitimidad del

aprendizaje y favorece la participación de familias y comunidades en el proceso educativo. La didáctica se enriquece cuando escucha y circula saberes desde el territorio.

Otra tensión relevante es la brecha digital y la disponibilidad de recursos tecnológicos en escuelas. Si bien la tecnología ofrece oportunidades para ampliar acceso y personalizar trayectorias, persisten carencias de conectividad, dispositivos y capacitación docente. La idea didáctica contemporánea debe plantear estrategias híbridas y flexibles que no dejen a nadie atrás. La formación docente se convierte en eje central para diseñar ambientes de aprendizaje que integren lo digital con lo humano. La calidad educativa depende de una implementación cuidadosa, equitativa y contextualizada.

La transición hacia una educación más orientada a competencias exige claridad curricular y articulación entre niveles. En Colombia, la armonización entre saberes básicos, técnicos y tecnológicos plantea preguntas sobre el qué y el cómo de enseñar. Es necesario robustecer proyectos de aprendizaje basados en problemas reales, vinculación con el sector productivo y prácticas de formación dual. La idea didáctica debe favorecer la transferencia de conocimiento al mundo laboral y comunitario, sin perder el espacio para la curiosidad y la creatividad. El reto es construir una coherencia entre políticas y prácticas en las aulas.

La evaluación emerge como un campo clave para sostener la calidad y la equidad. Las modalidades evaluativas deben ir más allá de pruebas estandarizadas hacia enfoques formativos, portfolios y evidencias de desempeño. En el marco colombiano, esto implica medir no solo contenidos, sino capacidades, actitudes y desarrollo integral.

La idea didáctica, por tanto, debe incorporar criterios de evaluación que reconozcan la diversidad de ritmos y contextos. Las prácticas evaluativas deben orientar la mejora continua y la retroalimentación efectiva para docentes y estudiantes.

La participación de la comunidad educativa es imprescindible para legitimizar la idea didáctica en la práctica. Compartir metas, construir consensos y diseñar experiencias de aprendizaje fortalece la pertinencia local. Las instituciones deben abrir espacios de liderazgo estudiantil, participación de padres y alianzas con organizaciones sociales. En un país con dinámicas regionales marcadas, la gestión pedagógica puede disminuir resistencias y generar compromisos duraderos. La educación colombiana gana al mirar hacia adentro con mirada crítica y hacia afuera con apertura colaborativa.

La educación para el desarrollo humano y social requiere atención a la ética, la memoria histórica y los derechos humanos. En Colombia, es crucial incorporar enfoques que promuevan la reconciliación y la convivencia democrática. La idea didáctica debe problematizar memorias, violencias y traumas, proponiendo rutas pedagógicas de reparación simbólica y aprendizaje cívico. La formación de ciudadanos capaces de pensar de manera autónoma, colaborar con otros y actuar con responsabilidad cívica es un horizonte compartido. Este marco ético fortalece la legitimidad social de la educación.

Ante ello, las tensiones y posibilidades de la educación actual en Colombia deben converger en una idea didáctica que sea inclusiva, contextualizada y orientada al desarrollo humano y social. Un marco pedagógico robusto articulado con políticas públicas, comunidades y familias puede transformar tensiones en oportunidades de

aprendizaje significativo. Si se logra, la educación colombiana podrá contribuir a un futuro más justo, participativo y próspero para todas las regiones y comunidades del país.

De este modo, la educación se ve atravesada por dinámicas globales y locales que exigen nuevas comprensiones sobre el aprendizaje. Los contextos culturales, económicos y sociales interactúan con procesos tecnológicos, demográficos y ambientales, creando necesidades que requieren marcos analíticos más complejos. Esta transformación convoca a repensar roles, metas y prácticas para responder a desafíos emergentes sin perder de vista identidades y contextos particulares. La tensión entre universalidad y pertinencia contextual impulsa la construcción de marcos teóricos que conecten lo local con lo global.

El primer pilar, los retos contemporáneos, abarca desigualdades, calidad educativa, inclusión y sostenibilidad. Se busca comprender cómo la globalización, la urbanización y los cambios laborales redefinen lo que se enseña y cómo se aprende. Los enfoques interdisciplinarios permiten integrar saberes de las ciencias sociales, naturales y humanidades para enfrentar problemas complejos. Este marco reconoce la necesidad de una educación que forme ciudadanos críticos, creativos y responsables, capaces de participar en sociedades cada vez más complejas.

El segundo pilar, las innovaciones tecnológicas y pedagógicas, señala la expansión de herramientas digitalizadas, inteligencia artificial, aprendizaje personalizado y plataformas abiertas. Estas tecnologías abren oportunidades de acceso y diversidad de rutas de aprendizaje, pero requieren marcos éticos y de calidad para evitar brechas.

Las prácticas pedagógicas evolucionan hacia entornos híbridos, colaborativos y basados

en proyectos. La teoría del aprendizaje situado y el aprendizaje activo encuentran consonancia con entornos digitales que contextualizan el saber.

El tercer pilar, las perspectivas futuras, se orienta hacia la anticipación de escenarios y la resiliencia educativa. Se favorece el desarrollo de habilidades para el siglo XXI: pensamiento crítico, alfabetización mediática, creatividad, aprendizaje continuo y competencia intercultural. Se apuesta por sistemas educativos flexibles, diversificados y conectados con la realidad social y ambiental. Las proyecciones requieren políticas públicas capaces de sostener innovaciones, evaluación formativa y acompañamiento para docentes y estudiantes.

Estos tres pilares están sostenidos por teorías y enfoques interdisciplinarios que ofrecen una comprensión integral de los procesos educativos actuales. El constructo teórico se nutre de pedagogía crítica, sociología de la educación, neurociencias, ciencias de la computación y estudios culturales. La convergencia de estas perspectivas facilita diseñar currículos que integren contenidos disciplinares con habilidades transversales y valores democráticos. Así, la educación se concibe como un ecosistema dinámico de aprendizaje continuo.

Por ello, la transformación educativa del siglo XXI se apoya en tres pilares interrelacionados: retos contemporáneos, innovaciones tecnológicas y perspectivas futuras. Su análisis exige marcos teóricos plurales e interdisciplinarios que permitan comprender y orientar las prácticas pedagógicas en contextos globales y locales. Cuando

se articulan adecuadamente, estos pilares pueden impulsar una educación más inclusiva, relevante y sostenible para las generaciones presentes y venideras.

## REFERENCIAS

- Aguirre, B. (2022). «Diagnóstico e intervención de las necesidades de orientación universitaria: una experiencia de innovación educativa de Aprendizaje Basado en Retos]». RISTI - Revista Iberica de Sistemas e Tecnologias de Informacao 2022(E50):670-81.
- Collazos, L. (2022). Gestión de la innovación educativa: una pieza clave para alcanzar la calidad educativa. Sapienza 3(6):226-36.
- Davizón et al. (2021). Modelado matemático del comportamiento organizacional ante una innovación educativa vía análisis compartimental. Dyna (Spain) 96(6):566.
- De los santos, C. y Cornejo, L. (2020). El aprendizaje adaptativo para la regularización académica de estudiantes de nuevo ingreso: la experiencia en un curso remedial de matemáticas. Eduteka (74):206-20.
- Fajardo, A. (2024). Innovación Educativa: Explorando El Potencial de La Inteligencia Artificial Generativa En La Construcción de Esquemas Cognitivos. Eduteka (89):44-63.
- López, S. (2022). Cambio e innovación educativa en la teoría y la práctica de la formación inicial docente». Revista Iberoamericana de Educación Superior 13(37):155-74.

- Sosa, M. (2021). Tecnologías avanzadas para afrontar el reto de la innovación educativa». RIED-Revista Iberoamericana de Educación a Distancia 24(1):35-53.
- Soto-Varela et al. (2023). La Inclusión de Proyectos de Innovación Educativa con base TIC en los centros de Educación Primaria, y su Impacto en el Rendimiento Académico del Alumnado. Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado 26(1):41-53.
- Ureta, A. et al. (2020). Innovación educativa para la internacionalización y la convergencia de la enseñanza del ciberperiodismo en Iberoamérica. Análisis (62):35-56.
- Zamora, S. (2021). «Debates Sobre La Memoria y La Historia de La Educación En El Siglo XXI». HSE Social and Education History 10(1):22-46.